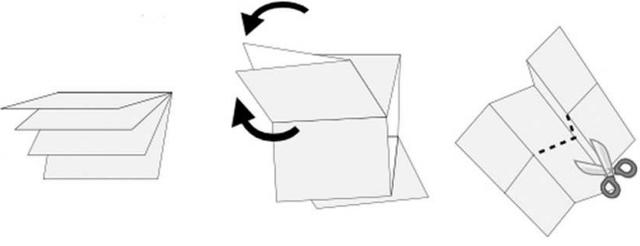


Ángel Luis
Sucasas
Fernández

Y a la
mañana
siguiente...



Equívoco



Ángel Luis Sucasas Fernández
<http://www.scifiworld.es>

Micronarrativa - O49
Octubre de 2010

Nanoediciones
<http://nanoediciones.com>

Licencia de Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Unported
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es_CO

Equívoco

Cuando abrió el correo electrónico por la mañana y leyó el primer mensaje de la bandeja de entrada, Alfonso Fernández dejó de respirar. El mensaje lo firmaba un tal Mariano Gracia, gerente de un hostel de carretera llamado «El último reposo». Conciso y al grano, Mariano Gracia cambió la vida de Alfonso, una vida que, tiempo ha, había abandonado la esperanza.

«Su hijo está aquí», decía el mensaje. «Su hijo está aquí».

Al llegar al hotel, Alfonso se presentó a Mariano, que aguardaba tras el modesto mostrador. Tras hablar brevemente, le entregó un abultado sobre y el casero le dio a cambio una oxidada llave con el 117 grabado sobre una faja de metal.

La llave ya estaba sobre la cerradura. Pero Alfonso dudaba. Habían pasado siete años. Marta lo había dejado; no había soportado que

él no se rindiera. Y él, solo, había sufrido mucho. Había pensado en bañeras y hojas de afeitar. Aun así, Luis era su hijo. Le debía llamar. Golpeando con los nudillos, Alfonso llamó a la puerta. Su hijo la abrió.

Era Luis, sin duda ¿Cómo no reconocer el rostro amado después de soñar noche tras noche con el imposible reencuentro? Y, sin embargo, algo no encajaba. Alfonso no sabía definir nítidamente qué era. Pero estaba ahí, una comezón imposible de aliviar. Algo en sus gestos conocidos y ahora ausentes, algo en su forma de hablar. Algo había cambiado irremisiblemente. De pasada, y ligeramente, se lo comentó. El rostro de Luis se tensó. Rápidamente, se levantó de la cama en la que ambos estaban sentados y se dirigió a una mesilla de noche. Abrió el cajón, sacó algo, y encaró a su padre. Alfonso vio cómo Luis, su querido Luis, lo apuntaba con un revólver. Le disparó tres veces.

—Bésame tonto.
(Y se besaron y John la llamó Lily hasta que se hicieron viejos y la muerte llamó a su puerta mientras dormían, juntos y abrazados sobre la misma cama en la que se conocieron).



después de tanto...
—Soy Cecil.
—Ce...
—¿Pero no recuerdas nada de anoche?
—Pues no s...
—¡Poder. A las dos y media llegaste al Billygunstplay para tomarte una dosis de dalai plúrpura y perseguir al dragón, puto yonki. ¡Das con tu mujer, Lilyan, y un tío de unos treinta o veintimuchos llamado Larry. Un tío guapo, tenía buen culo...
—Lilyan no tiene gracia...
—El tío guapo y tu mujer te dejaron tirado en un sillón flotante mientras estabas con el cuélgue. Se fueron juntos en un aerotaxi y él no dejaba de meterle la mano mientras esperaban en la terraza del club, viendo la vista de las plantaciones de neón esmeralda.
—¿Larry?, si es mi mejor ami...
—Te encontré hacia las cuatro y media, solo en el sillón. Estabas llorando. Me diste pena y estabas bastante bien, para ser un viejo. Así que nos vinimos a mi casa y...
—Cecil, puede que eso fuera lo que pasara

Mientras la vida se le escapaba, desangrándose sobre la sucia sábana de motel, Alfonso miró a su asesino, su hijo perdido, Luis. Y algo comenzó a pasar con su rostro. Sus rasgos se difuminaron, se diluyeron. Cambiaron. Y, antes de morir, Alfonso Fernández vio el nuevo rostro de su hijo. Era el suyo.



Y a la mañana siguiente...

—Oh, Lily, Lily, mi bella Lily... Parece que fue ayer cuando nos conocimos.
—Es que fue ayer.
—¿Qué?
—¿No lo recuerdas?
—Lily, no bromees, venga acécate y abrázame...
—No, espera, espera, espérate un momento, ¿Me has llamado: Lily?
—Claro, Lilyan, ¿cómo quieres que te llame